

# En memoria

de Claudio Lenk

## BETTY ZANOLLI FABILA

La muerte siempre nos tomará desprevenidos. Nunca podremos estar preparados para ella. En esto pienso ante el fallecimiento del infatigable y acucioso investigador de la música y de las letras Luis Cristián Ortega Aguirre, mejor conocido por su nombre artístico: Claudio Lenk. Un hombre que destacó con un brillo muy especial por su notable labor en favor de la difusión de la cultura desde múltiples ámbitos. Un hombre que heredó una secular tradición artística y de la que fue portavoz orgulloso para las nuevas generaciones.

Nació artista, murió artista. Tataranieta de Francisco González Bocanegra, autor de la música del Himno Nacional Mexicano, entre sus ancestros figuraron también el compositor Aniceto Ortega del Villar y el literato Eulalio Ortega, estos últimos, cuya intervención fue determinante para la fundación del Conservatorio Nacional de Música y en donde impartió cátedra por muchos años su propio padre, el maestro Eulalio Ortega Serralde, quien a su vez portó como seudónimo el de Cristián Caballero.

Del maestro Lenk y de su trayectoria supe prácticamente desde que nací a través primero de mis padres y

posteriormente del maestro Caballero, de quien fui alumna en la institución conservatoriana. Personalmente lo conocí cuando tendría yo alrededor de unos cinco años de edad en el foillé del Palacio de Bellas Artes durante un entreacto de la ópera Andrea Chenier que dirigía mi padre, Uberto Zanolli. Era un hecho que entre ambos existía un gran respeto y admiración, pero también lo era que existía un lazo especial entre él y mi madre, la soprano Betty Fabila, ya que siendo ella una joven de 18 años y él un niño de apenas 7, muchas veces habían coincidido en representaciones escénicas y transmisiones radiofónicas de cuentos infantiles que el maestro Caballero organizaba en aquellos años para la XEN-Radio Mundial. Muchos años después, tuve el honor de saludarlo al pedirle su colaboración para la revista Conservatorianos. Accedió de inmediato y sobre Cristián Caballero elaboró su artículo.

La última vez que tuve el privilegio de saludarlo personalmente fue tan sólo hace unos meses. Días antes el maestro Lenk había coincidido en un desayuno para los colaboradores del periódico Excelsior con mi primo y amigo suyo René Avilés Fabila, a quien comentó de su más reciente descubrimiento en el archivo fonográfico que heredara de su padre. Se trataba de una serie de

grabaciones realizadas por éste en 1965 con música de Giacomo Facco en la interpretación vocal de mi madre y violinística de Manuel Enríquez bajo la dirección de Uberto Zanolli. De inmediato René me llamó por teléfono y me puso en contacto con el maestro Lenk, quien inició la tarea de remasterizar dichas grabaciones históricas. A finales de octubre de 2004 acudí a su bella y señorial casa en la calle de Cádiz en Mixcoac. Nunca olvidaré ese último encuentro. Me condujo a su estudio de grabación y orgulloso me mostró su equipo y sus materiales sonoros, entre los que me mostró, conservaba diversos discos de mi padre al frente de la Orquesta de Cámara de la Escuela Nacional Preparatoria. Su pulcritud y orden eran impresionantes, y no podía ser de otra forma. El respeto y la meticulosidad para conservar con el mayor cuidado los materiales sonoros que al paso de los años había ido generando los había heredado indudablemente de su padre, al igual que su bellamente timbrada voz.

Me entregó ese día el primero de los discos que habrían de conformar este rescate sonoro histórico y me hizo escuchar en su propio estudio fragmentos del mismo. En él estaban contenidos los primeros cuatro conciertos de los Pensieri Adriarmonici de Giacomo Facco y la cantata Clori interpretados en el Museo Nacional del Virreinato de Tepotzotlán. “Yo fui el asistente de la grabación que hizo mi padre”, me comentó emocionado, y me anunció que en los dos discos restantes que habrían de completar la serie facquiana estaba además una entrevista realizada por su padre al mío. Eran una joya, no sólo por el valor musicológico. Lo eran por la carga familiar compartida por ambos y ahora lo son aún más.

Pero qué no fue Claudio Lenk: crítico, productor, director de escena, promotor de la música, de la literatura, del arte y la cultura en general. Director de las heroicas estaciones de radio XEN y XELA a finales de

los años sesenta; colaborador clave de la XEW en programas como Yo el poeta y Arte lírico además de director de Comunicación abierta. Espacio 98 y comentarista del noticiero 24 horas y del programa En vivo.

Tenía sólo 64 años al morir, pero su corazón y su mente no tenían edad. Infatigable, siempre innovador, múltiples proyectos lo ocupaban, pero más allá de lo que quedó pendiente, su obra es ya inmortal. La obra de Claudio Lenk es un ejemplo de trabajo, de entrega, amor por una vocación, por un credo. Y gracias a ello pudo ser un dador de vida, que contribuyó a la difusión de la música y de la literatura, a la que prestó su propia voz.

Universo de El Búho y Conservatorianos hoy han quedado en espera de las colaboraciones que había prometido, pero aún cuando éstas no lleguen a sus páginas, su inspiración, su espíritu, su ejemplo y su legado nos acompañarán siempre.

Descanse en paz nuestro querido y admirado maestro Claudio Lenk. ■



Antonio Ledesma